

»muy justificada, reparé algunos días en mandar
 »que se ejecutase en la forma que venia, porque se
 »me representó que causaría gran rumor y nuevo
 »sentimiento en esos estados y aun en los vecinos. Y
 »asi se anduvo mirando de la manera que se podria
 »hacer con menos estruendo, y al fin me resolví en
 »lo que vereis por una relacion que irá con está en ci-
 »fra: y sucedió tan bien, que hasta agora todos tienen
 »creido que murió de enfermedad, y asi tambien se
 »ha de dar á entender allá mostrando descuidada y
 »disimuladamente dos cartas que irán aqui de don
 »Eugenio de Peralta, de quien se fió el secreto como
 »de mi alcaide de la fortaleza de Simancas, donde se
 »habia llevado y estaba preso el dicho de Montigny,
 »el cual si en lo interior acabó tan cristianamente
 »como lo mostró en lo exterior, y lo ha referido el
 »fraile que le confesó, es de creer que se habrá apiada-
 »do Dios de su ánima. Resta agora que vos hagais
 »luego sentenciar su causa como si hubiera muerto
 »de su muerte natural, de la misma manera que se
 »sentenció la del marqués de Vergas (Berghes), pues
 »con esto me parece que se ha conseguido lo que se
 »pretendia..... etc. (1).»

Tal fué, y no como la suelen referir los historia-
 dores que desconocieron estos documentos, la muerte
 del desgraciado baron de Montigny.

(1) Minuta original que se ha- legajo 544.
 lla en dichos papeles de Estado,

Mientras esto pasaba, arreglado todo lo concer-
 niente al matrimonio del rey don Felipe con la prin-
 cesa Ana, hija del emperador Maximiliano (que pare-
 cia ó signo ó empeño de Felipe II. tomar por espo-
 sas las que habian estado destinadas para su hijo), y
 despues de haberse desposado con ella por poder y á
 nombre del rey Luis Venegas de Figueroa (24 de
 enero, 1570), dispúsose desde Spira, donde su
 padre Maximiliano II. se hallaba con motivo de la
 dieta para la eleccion de su hijo mayor Rodulfo en
 rey de romanos, fuese traída á España por Flandes.
 Parecióle al duque de Alba buena ocasion el paso de
 la nueva reina por los Paises Bajos (agosto) para ve-
 nirse en su compañía, y se persuadió de que iba á
 ver cumplido lo que hacia tiempo andaba con empe-
 ño solicitando. Mas si bien el rey se mostró dispuesto
 á relevarle, y aun nombró sucesor al duque de Me-
 dinaceli, virey que era de Navarra, le respondió que
 seria bueno permaneciese todavía allí hasta que lle-
 gára su sucesor, que iria con la flota que habia de
 traer la reina. Vino pues acompañando á la despo-
 sada princesa, en lugar del duque de Alba, su hijo
 el prior de Castilla don Fernando de Toledo. Desem-
 barcó la régia comitiva en Santander (3 de octubre,
 1570), el dia en que se cumplian los dos años del fa-
 llecimiento de la reina Isabel de la Paz. Visitaron á
 la princesa austriaca en Santovenia sus dos hermanos
 Rodulfo y Ernesto; y en Segovia, donde la esperaba

el rey con la princesa doña Juana de Portugal, se celebraron suntuosamente las bodas (12 de noviembre) de Felipe II., tres veces viudo y de edad de cuarenta y tres años y medio, con la princesa Ana de Austria, nacida en Cigales de Castilla, y que aun no había cumplido los veinte y cinco⁽¹⁾. Es de notar que en medio de este fausto acontecimiento estuviera el espíritu del rey para ocuparse en ordenar la forma del suplicio de Montigny.

Durante este tiempo el duque de Alba se había determinado á publicar en Flandes el ansiado perdón general (julio, 1570), pero con tales limitaciones, que dejó mas frios y mustios que satisfechos y alegres á los flamencos. El caso es que el mismo duque reconocia que no era este el camino para que el país se reconciliara con él, puesto que escribiendo á S. M. con referencia al indulto (22 de enero, 1571), le decía: *No es maravilla que todo el país esté conmigo mal, porque no les he hecho obras para que me quieran bien.* Y añadía que lo que de Madrid se escribía allá no contribuía tampoco á que le quisieran mejor⁽²⁾. Por esta y otras causas continuaba instando por que fuese cuanto antes á reemplazarle el duque de Medinaceli; pero el rey le contestaba que no tenía un real para poder despachar al duque, porque

(1) Cabrera, en el libro IX., capítulo 19 de su Historia, describe la solemnidad con que se celebraron las bodas, y enumera los

personajes que á ellas asistieron. (2) Carta del duque de Alba al rey, desde Anvers.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 546.

todos sus recursos estaban agotados⁽¹⁾. Obligaba esto mismo al de Alba á hostigar mas y mas á los pueblos con la onerosísima exacción de la décima y la vigésima, sin que las modificaciones que la penuria del país le precisaba á hacer fueran bastantes ni á aliviar al pueblo ni á disminuir la odiosidad del gobernador. Antes bien llegó un día el caso de que en la misma ciudad de Bruselas cerráran todos los mercaderes y menestrales sus tiendas y talleres; lo cual exacerbó de tal manera el genio bilioso del de Alba, que aquella misma noche mandó colgar algunos de ellos á las puertas de sus tiendas. Ya las tropas se hallaban formadas y el verdugo con los lazos en la mano, cuando llegó la noticia de haber estallado de nuevo la rebelion en algunos puntos. «Y se verificó bien, dice el jesuita historiador de estas guerras, cuán agriamente impelen á la rebelion los tributos, cuando á los pueblos, ya de otra parte conmovidos, se imponen cargas superiores á sus fuerzas⁽²⁾.»

No había faltado quien advirtiera al rey del peligroso estado en que habían puesto á Flandes las vejaciones y las tiranías que estaban sufriendo del duque de Alba. Con el nombre de *Advertimientos* había dirigido á S. M. su embajador en París don Francés de Alava dos largos escritos (4 y 5 de enero, 1572)

(1) Carta del rey al duque de Alba, de Madrid, á 29 de enero de 1571. Archivo de Simancas, Estado, leg. 547.

(2) Estrada, Guerra de Flandes, Déc. I., lib. VII.

manifestándole la multitud de mercaderes que emigraban con sus haberes de los Países Bajos huyendo del gravoso tributo de la décima, y de otros que no eran mercaderes y deseaban que les dieran la mano para tomar las armas; lo aborrecido que continuaba siendo el duque de Alba de los flamencos; el disgusto de los mismos nobles que habían sido siempre más adictos al rey; las disposiciones hostiles de la reina de Inglaterra; la protección que los hugonotes de Francia se preparaban á dar á los descontentos de Flandes; lo que había de temer por la parte de Alemania; lo urgente que era enviar al duque de Medinaceli á los Países Bajos, y que se retirara el de Alba, que sobre ser odioso al país se le iban ya atreviendo como á quien miraban casi caído, y próximo á ser reemplazado; y por último, que viera S. M. de poner pronto remedio á aquella situación, que era peligrosa y grave ⁽¹⁾.

Y así fué que en la inmediata primavera (abril, 1572) comenzó la segunda revolución por Holanda, apoderándose el señor de Lumey, que se titulaba conde de la Marca, de la ciudad de Brielle en la isla de Voorne, al frente de quince naves, nueve de ellas bien armadas, que había tenido pirateando por las

(1) Daremos por apéndice los segundos Advertimientos de don Francés de Alava, copiados del Archivo de Simancas, Estado, legajo 549, por la idea que dan, no solo de la situación de Flandes, sino de la general de los estados de Europa, y del espíritu de cada uno de ellos, respecto á la cuestión flamenca.

costas de Holanda y Frisia. Para excitar más el odio contra el duque de Alba llevaba pintadas en sus banderas diez monedas, emblema del aborrecido impuesto de la décima. El conde Bossu que acudió allí con algunas compañías tuvo que volverse, después de pasar por el escarnio de ver á los rebeldes quemar algunas de sus naves, y de saber que habían roto las imágenes sagradas con sacrilego furor. Este fué el principio del levantamiento que había de parar en constituirse en república independiente aquellas provincias, precisamente cuando Felipe II. pensaba en hacer todos los estados de Flandes un reino ⁽¹⁾.

A muy poco tiempo se rebelaron los de Flesinga, puerto de Zelanda y llave del Océano, lanzando á guarnición española, y ahorcando el caudillo de los rebeldes al coronel Hernando Pacheco, pariente de de Alba, en venganza, decía, de haber éste cuatro años antes condenado á igual pena á un hermano su-

(1) No nos queda duda de este pensamiento de Felipe II. En 4 de julio de 1570, le decía desde el Escorial al duque de Alba, que cierta persona, celosa de su servicio y del bien y tranquilidad de los Países Bajos (era el consejero Hopper), le había avisado ser el momento favorable para erigirlos en reino, y le había dado un memorial de los fundamentos con que lo podía hacer, del cual le enviaba copia; que lo comunicara á las personas que tuviera por conveniente, y le transmitiera su parecer. «Este proyecto, decía, fué concebido ya cuando yo estaba en los Países Bajos (lo fué por el consejero Assonleville), mas se suspendió por las dificultades que entonces se ofrecían. Las circunstancias hoy han variado; los naturales están sometidos, y creo que nadie se atrevería á contrariar su ejecución. Si con maña se los pudiera comprometer á que ellos mismos me lo demandaran, esto sería ciertamente el camino más llano. Por lo demás, vos me direis en qué forma debería yo solicitar del papa el título de rey, y si para esto deberé contar con el emperador.» Archivo de Simancas, Estado, leg. 544.

yo. No tardaron en seguir el movimiento casi todas las ciudades de Holanda, á escepcion de Amsterdam y alguna otra, y muchas de Zelanda, publicando escritos burlescos contra el duque y poniendo su retrato en ridículos pasquines. Y áunque en el principio de la insurreccion algunas ciudades estuvieron indecisas dudando á quién habian de proclamar, al fin se adhirieron y juraron como presidente al príncipe de Orange, que en Alemania no habia cesado, como insinuamos en otro lugar, de trabajar para ver de emprender otra campaña con mejor éxito que la primera. De esta vez acudieron á los rebeldes tantos socorros de Inglaterra y de Francia, que á los cuatro meses reunieron ya en Flesinga una armada de ciento cincuenta velas. De modo que con razon decia el obispo de Namur, que con la décima y la vigésima del duque de Alba se habian comprado las provincias marítimas de los Estados para el príncipe de Orange. La insurreccion cundia rápidamente en Güeldres, en Zutphen y la Frisia, como en Holanda y Zelanda, y allí el conde Vanden Berghe tomaba por fuerza unas ciudades, y entraban sin oposicion en otras. Pero nada afectó tanto al duque de Alba como la nueva que recibió de que por la frontera de Francia Luis de Nassau, hermano del de Orange, ayudado de los franceses, se habia apoderado de Mons y de Valenciennes (mayo, 1572), lo cual le hizo sospechar que el rey Carlos no era extraño á aquellos sucesos, y escribió por lo tanto al rey, á su

madre y al duque de Anjou, recordándoles los auxilios que siempre que habian tenido necesidad les habia prestado Su Magestad Católica, bien que ellos protestaban que querian estar en paz con España y negaban que diesen favor á los sublevados. El duque por su parte tampoco queria romper con el monarca francés mientras él no arrojara la máscara.

Cuando el duque de Medinaceli, despues de tanta detencion, arribó al puerto de la Esclusa con dos mil españoles de refuerzo y alguna plata en barras, no sin peligro de caer en manos de los piratas rebeldes, la guerra estaba ya encendida, y el duque de Alba le envió á decir que en tal situacion su honor no le permitia hacerle entrega del mando y gobierno de las provincias mientras estuviesen alteradas, puesto que su retirada á España en los momentos que ardia una guerra, de la cual no faltaria quien quisiera hacerle culpable, se tendria por cobardía; en lo cual obró el de Alba como cumplia á su honra. Y ya entonces se allanaba á relevar á los pueblos de la décima, y á ampliar el indulto á los delincuentes; pero era tarde.

Parecióle al duque que lo principal y mas urgente, sin dejar de atender en lo posible á las provincias marítimas, era acudir al Henao y recobrar á Mons; á cuyo efecto, y en tanto que él podia ir en persona, envió á su hijo don Fadrique con el maestre de campo Chiapin Vitelli y con una buena parte del ejército. En el primer choque con los de Mons recibió Chiapin

Vitelli un balazo en la pierna izquierda, cuyo contra-tiempo no les impidió sentar sus reales en las posiciones que escogieron. A libertar á los cercados de Mons acudió buen golpe de franceses enviados por el almirante Coligny, y mandados por el señor Genlis. El afán de ganar la gloria de libertador empenó á Genlis á combatir por su cuenta con los españoles, costándole su ambiciosa presuncion ser completamente destruido por el intrépido don Fadrique de Toledo, capitán valeroso, y mas feroz que su padre. Prodigios de valor hizo aquel dia Chiapin Vitelli: no permitiéndole la herida ni andar ni tenerse en pie, hizo conducir á la batalla en un carretoncillo, desde el cual, medio tendido, pero puesto á la vanguardia, ordenaba las haces, y con la voz y con las manos animaba á la pe-
 lla y contribuyó muy eficazmente al triunfo, si bien se le recrudeció la herida, de la cual llegó á estar deshauciado. Muriéron mas de mil franceses, el mismo Genlis quedó prisionero, con otros seiscientos, entre ellos cerca de sesenta nobles, de los cuales unos fueron llevados á las fortalezas y otros ahorcados. Los fugitivos eran degollados por los rústicos de la tierra, y don Fadrique envió á España al capitán Bobadilla con el parte de la victoria y con el parabien para el rey don Felipe (1).

(1) De Thou, lib. 34.—Mendoza, Coment., lib. VI.—Estrada, Guerras, Década I., lib. VII.—Cabrera, lib. IX., cap. 2.—Gachard, Correspondencia de Felipe II., tomo II.

El duque de Alba, conforme habia ofrecido, partió de Bruselas y puso su campo delante de Mons (primeros dias de setiembre). Mas con esta noticia el príncipe de Orange, que se hallaba muy prevenido á la frontera de Alemania, levantó el suyo, y pasó el Rhin y el Mosa con once mil peones alemanes y seis mil caballos, é internóse por Brabante, ansioso de socorrer á su hermano Luis, el sitiado en Mons. Diest, Tirlemont, Malinas, Termonde, le abrieron las puertas: Lovaina le dió víveres y dinero á trueque de evitar su entrada: iba por todas partes el de Orange sembrando el terror y la muerte, y ensangrentándose principalmente con los sacerdotes católicos y con las cosas sagradas, lo cual dió lugar á que los españoles usaran de igual ó mayor rigor y crueldad con los hereges y los enemigos, siendo mas lamentable y dichado que nunca el estado de Flandes, sufriendo en todas partes los escesos y calamidades de una guerra sangrienta, é invadido por cuatro ejércitos enemigos, infestando Lumey las costas marítimas, Luis de Nassau la frontera de Francia, la de Alemania Berghes, y en el corazon del estado el de Orange. Cuando éste pasó al Henao y llegó á Jemmapes (9 de setiembre, 1572), á un cuarto de legua del campamento del de Alba, donde tambien se hallaba ya el de Medinaceli, se admiró de ver cuán en orden tenia aquél las fortificaciones de sus cuarteles. En vano intentó el príncipe romperlas, y mucho menos logró empe-

ñar al de Alba á una batalla campal, de lo cual huia siempre con resolucion fija el duque, siguiendo su antiguo sistema.

Un día, al tiempo de anochecer, se halló sorprendido el príncipe de Orange con un inesperado estruendo de tambores, trompetas y clarines en el campamento español, con grande estampido de cañones y salvas de arcabucería, y sobre todo con vistosas luminarias y alegres voces, todo lo cual indicaba la celebridad de algun fausto acontecimiento. Dedicóse con solicitud á averiguarlo, y supo por sus espías que en efecto celebraban la nueva que les acababa de llegar de una general y horrible matanza de hugonotes que se habia hecho en Francia, y que comenzó el día, que con esto se hizo tan memorable, de San Bartolomé. Aunque no habrá lector tan escasamente versado en la historia que no tenga conocimiento de aquella terrible jornada, que los franceses nombran *les Massacres de la Saint-Barthelemi*, no podemos dejar de decir algunas palabras de aquel suceso que tan inmediatamente influyó en los de Flandes que estamos contando, y que forma la página mas sangrienta y horrible de la historia de Francia en el siglo XVI.

El lector que recuerde lo que en uno de nuestros capítulos anteriores dijimos del origen y principio de las funestas guerras de Francia entre católicos y hugonotes ⁽¹⁾, comprenderá que el plan de esterminar

(1) Cap. V. del libro presente.

los hereges haciendo en ellos una matanza general venia ya fraguado de mucho tiempo. La mortandad de Amboise (1564) se puede decir que fué ya el preludio de esta memorable tragedia. Y no sin razon se ha sospechado que en las misteriosas conferencias de Avignon, y mas aun en las de Bayona (1565), en la célebre entrevista de la artificiosa Catalina de Médicis con su hija Isabel, la reina de España, esposa de Felipe II., á que asistió el duque de Alba, se habia concertado ya el plan de esterminio, cuya ejecucion se fué despues por graves dificultades difiriendo. Las guerras posteriores entre católicos y protestantes, sostenidas de una parte por los Guisas, de otra por los Montmorency, que tanta sangre costaron al pueblo francés, llevaron las cosas á términos de creerse ya necesario tratar solemnemente de paz y reconciliacion entre los dos grandes partidos, pero sin que la reina madre y los Guisas, y los duques de Anjou y de Aumale abandonaran su siniestro proyecto. Antes bien estudiaban la ocasion en que poder ejecutarle cuando los protestantes estuvieran mas confiados y adormecidos, y esta ocasion la hallaron en las bodas que se habian dispuesto de Enrique de Navarra con la princesa Margarita, hermana del rey Carlos IX. El príncipe de Condé, el almirante Coligny, todos los gefes de los protestantes habian sido llamados á París para dar mas solemnidad á estas bodas y poner como el sello á la reconciliacion de los partidos. El mismo

Coligny, el mas valeroso y activo capitán de los hugonotes; el que mas auxiliaba á los protestantes flamencos, al príncipe de Orange y á su hermano Luis de Nassau; el que convidado antes por el rey Carlos IX. á ir á la corte, se habia negado con justo recelo, contestando: *que en Francia no habia condes de Egmont* (1); el mismo Coligny se resolvió por último á ir á París, fiado en que no habia de engañarle el rey, que le llamaba siempre *su padre*. ¡Cuán cara pagó su confianza en el amoroso dictado!

Celebrábanse en París las bodas con alegres y vistosas fiestas, alternando los bailes y los banquetes con los torneos y otros espectáculos. Este fué el momento que escogieron la reina madre y los Guisas para realizar su plan de esterminio contra los hugonotes, haciendo en ellos otras *Visperas Sicilianas*, no menos horribles y sangrientas que aquellas. Todas las disposiciones estaban tomadas para una matanza general, que comenzó el 24 de agosto (1572), día de San Bartolomé, de que tomó el nombre aquella memorable jornada. El primero que fué sacrificado y en quien se estrenó el puñal asesino fué el almirante Coligny, á quien el rey habia acariciado con palabras tan cariñosas y dado tantas seguridades. A la voz de «*¡Mueran los hugonotes! El rey lo manda,*» se derra-

(1). Aludiendo á la confianza con que el de Egmont en Flandes se habia entregado en manos del duque de Alba, que despues le hizo ahorcar.

maron los asesinos por todas las calles y plazas de París, inmolando con bárbaro y desapiadado furor cuantos hereges ó sospechosos de no católicos encontraban, buscándolos por las casas, persiguiéndolos por los tejados, en los sótanos, y allí donde los hallaban, aunque la enfermedad los tuviera postrados en el lecho del dolor, los clavaban los aceros, y sin reparar en que fuesen ancianos ó niños, los arrojaban á las calles y los arrastraban y mutilaban, estendiéndose el frenesí hasta á las infelices mugeres, y haciendo con sus cuerpos cuanto puede imaginarse de mas horroroso. En los días que duró esta carnicería perecieron sobre cuatro mil personas, entre ellas los mas ilustres personajes del partido hugonote. De París se propagó el furor, como se transmitieron las órdenes de esterminio á las provincias, y se ejecutaron iguales ó parecidas atrocidades en Meaux, en Troyes, en Orleans, en Bourges, en Sancerre, en Lyon, en Auvergne, en Bayona, en Tolosa, en Ruan, y en otras muchas ciudades y poblaciones, pudiendo decirse que se empapó en sangre de los hugonotes todo el suelo de la Francia (1).

La nueva de esta catástrofe desalentó al príncipe de Orange, que sobre no poder esperar ya recibir mas socorro de los franceses de su partido temia que le

(1) Diario de Carlos IX., tomo I.—Las historias de Francia, donde se leen largos y espantosos pormenores de aquella horrible mortandad.

désampararan los mismos que defendían á Mons con su hermano: y como no consiguiere ni romper los reales del de Alba, ni comprometerle á pelear, picando ya también las enfermedades en su ejército, determinó retirarse á Malinas, dejando á su hermano abandonado á la suerte. Persiguiéronle en su retirada unas compañías de españoles con ochocientos caballos encamisados todos, los cuales pasaron á cuchillo mas de cuatrocientos soldados, y tal vez le hubieran sorprendido á él mismo en su tienda, si los ladridos de una perrilla que llevaba consigo no le hubieran avisado y apercebido del peligro que corría. No creyéndose, pues, seguro en Brabante, levantó de nuevo el campo, y se retiró á Delft en Holanda. Luis de Nassau, sabida la muerte de su favorecedor el almirante Felipe Coligny y la retirada del príncipe, capituló con el de Alba con no despreciables condiciones la entrega de Mons, y él se trasladó á Dillemburg, asiento principal del estado de Nassau. Con esto las tropas reales fueron fácilmente recobrando lo que en Flandes y Brabante había tomado el de Orange. El duque de Medinaceli, don Fadrique de Toledo, Berlaymont, Noircarmes y todos los gefes del ejército entraron en Malinas, la ciudad que se había mostrado mas adicta al príncipe rebelde, y la castigaron permitiendo tres días de saqueo (2 de octubre, 1572), «que es muy necesario ejemplo, le decía el de Alba al rey, para todas las otras villas que se han de cobrar, porque no

piensen que á cada una dellas sea menester ir al ejército de V. M., que sería un negocio infinito (1).»

Siguieron las tropas reales en pos del enemigo. Los duques de Alba y de Medinaceli determinaron pasar el Mosa, y avanzaron á Maestricht y á Nimega. El coronel Mondragon y Sancho Dávila, enviados á Zelanda con dos mil españoles escogidos, ejecutaron operaciones admirables, ya atravesando con su gente una parte del Océano, ya vadeando rios con el agua hasta el pecho, y acometiendo incontinenti con heroica audacia huestes y poblaciones enemigas, destruyendo las unas y apoderándose de las otras, siendo una de sus mas notables empresas el modo como hicieron levantar el cerco de Ter Gves, puerto del Escalda, que defendía Isidro Pacheco. Por su parte don Fadrique de Toledo guerreaba en Güeldres, reconquistaba á Zuphen, y reducía á escombros la villa de Naerden, abrigo de hereges, que le quiso resistir, demoliendo muros y casas, y pasando á cuchillo á todos sus habitantes sin escepcion (2); venganza escesiva y cruel, que puso en desesperacion toda la parte su-

(1) Cartas del duque de Alba á Felipe II. desde el campamento frente de Mons, y desde los reales cerca de Malinas, fechas en setiembre y primeros de octubre. Archivo de Simancas. Estado, legajos 552 y 553.—Estrada, Década I., lib. VII.—Mendoza, Comentarios, lib. VII.—Cabrera, lib. X., cap. 4.—De Thou, lib. LIV.—

Mendoza, que se halló en el cerco de Mons, inserta las condiciones de la capitulacion.

(2) «Degollaron burgeses y soldados, sin escaparse hombre nacido.» decía el duque de Alba en carta á Felipe II. desde Nimega, á 19 de diciembre de 1572.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 552.